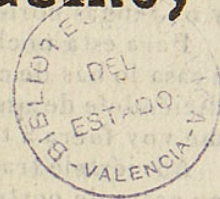


# GRACIOSO CHASCO QUE HA LLEVADO UN LECHUGUINO, POR AFICIONADO A LAS HIJAS DE ADAN.



Atiéndame el auditorio,  
porque pretendo explicar  
el chasco mas formidable  
que ahora acaba de pasar.

Es un chasco muy pesado  
que le han dado á un lechuguino,  
no muy lejos de Madrid,  
por imitar á Cupido.

En un lugar de allí cerca,  
estaba muy placentero  
un solteron lechuguino,  
bien holgado y con dinero.

Pared en medio vivia  
de sastre un pobre oficial,  
y por falta de trabajo  
se hallaba en necesidad.

Su muger es linda moza,  
y con mucha honestidad;  
se amaban muy tiernamente,  
y vivian en dulce paz.

El garañon lechuguino,  
por disfrutar del retal,  
se enamoró de la sastra,  
y la empezó á conquistar.

Mil dádivas le promete  
porque se rinda á su amor,  
pero esta con constancia  
se resiste con valor.

Mas al ver que no desiste  
de aquesta tema fatal,  
porque el marido no note  
se lo quiere declarar.

Y un dia estando almorzando,  
formando un tierno suspiro,  
le dice muy macilenta,  
cariñoso esposo mio:

Si supiera, dueño mio,  
no te habias de agraviar,  
te diria cuanto ocurre  
en punto de la verdad.



Dice su esposo, muy bien,  
habla con puntualidad  
todo cuanto te ocurriere,  
de todo indultada estás.

Pues bajo de tu palabra  
te debo de suplicar  
que no hagas ningun absurdo  
por la Virgen del Pilar.

Solo una palabra tengo,  
y esta yo te la he entregado;  
sácame de mas sospechas,  
dí cuanto sea de contado.

Puessabes que Don Prudencio  
se ha enamorado de mí,  
de continuo me persigue,  
no oso á la calle salir.

Muehas dádivas me ofrece  
al ver nuestra situacion,  
pero mi leal constancia  
se resiste con valor.

No digas mas, dulce daceño,  
no ignoro tu lealtad;  
lo que te mando has de hacer,  
y no tengas cortedad.

Para esta noche á las diez  
à casa lo has de citar,  
diciéndole de que yo  
me voy fuera á trabajar.

Adviértele traiga cena,  
no gaste de cortedad;  
resistete hasta lo sumo,  
procurando antes cenar.

Antes de poner la cena  
le mandarás desnudar,  
aunque sea la camisa,  
y no tengas cortedad.

Y en cuanto se halle desnudo,  
un plato caer dejarás,  
al ruido yo llamaré,  
y tú abres sin tardar.

Muéstrate como asustada,  
y en ese arcon lo entrarás,  
cerrándolo bien con llave,  
que está lleno de retal.

Yo entraré, y cuando disponga  
à nada has de replicar,  
que le voy á dar un chasco  
dignísimo de contar.

En fin, quedaron de acuerdo,  
y la sastra fue à comprar,  
y el lechuguino la eela,  
y así la principió á hablar:

¿Es posible, dulce hechizo,  
que tan esquivate muestres,  
pudiendo hacer de esas ropas  
en muy ricas galas trueques?

Esta le responde afable,  
con semblante alicaído,  
yo admitiera sus finezas,  
pero temo á mi marido.

Esta es la única ocasion,  
porque se marcha á buscar  
por los pueblos inmediatos  
quien le dé que trabajar.

El lleno de regocijo,  
echando al bolsillo mano,  
la dió seis duros que lleva,  
mostrándose muy ufano.

A las diez en punto aguardo,  
no me haga usted esperar;  
pero siempre procurando  
no note la vecindad.

El lechuguino la dice,  
no tengas ningun temor,  
que yo sè disimular;  
y así, hasta las diez, adios.

Como perro perdiguero  
fue el lechuguino á su casa  
à disponer de la cena  
para mandarla á su dama.

Matò al punto dos gallinas,  
con mas de medio jamon,  
docena y media de huevos,  
y de vino un gran jarron.

Todo estaba prevenido,  
llamò al punto á su criada,  
que era el ama de gobierno,  
mandándole lo arreglara.

Y le dice: cuatro amigos  
nos vamos á divertir  
esta noche à cierta casa,  
sin haber siniestro fin.

Compóngalo con esmero,  
que no tengan que decir;  
no vengo en toda la noche,  
y usted échese à dormir.

La encargo no abra la puerta  
aunque sea mi persona,  
pueden venir á robarme  
sabiendo queda usted sola.

Cuando estaba todo listo,  
llamò á una vieja malvada,  
la manda que con sigilo  
que se lo entregue á fulana.



Diciéndola que lo tome,  
y que yo á la noche iré,  
y usted por la diligencia  
ahí tiene para comer.

En fin, ya llegó la hora,  
y el lechuguino á la puerta  
hizo la señal y entró;  
le vé el sastre que está alerta.

Con palabras cariñosas  
la principia á requiebrar;  
y ella risueña le dice:  
sosiegue usted tanto afán.

Antes de cenar quisiera  
se despojase la ropa;  
y él al punto la obedece,  
hasta quedarse en pelota.

Al verle en aquella suerte,  
se fue en seguida al vasar,  
dejò caer media fuente  
causando un ruido fatal.

El marido, vigilante,  
que á todo se hallaba alerta,  
oyendo este ruido  
al punto llamó á la puerta.

La muger, como asustada,  
le dice al majo imprudente:  
¡ay de mí, perdidos somos!  
¡cercana tengo mi muerte!

¿A dónde lo he de ocultar?  
¡válgame Dios, qué dolor!  
por el pronto, dueño mio,  
métase en aqueste arcon.

Guarde el silencio que pueda,  
á placer puede ahí estar,  
aunque se halla desnudo,  
que está lleno de retal.

Métese en él panza arriba,  
y ella con llave cerrò,  
y en seguida abrió á su esposo,  
y la llave le entregò.

Le dice la sastra al sastre,  
hombre ¿cómo te has volvido?  
Se olvidaron las tijeras  
y por ellas he venido.

Ya habia andado dos leguas,  
fuí á sacar de merendar,  
eché las tijeras menos,  
tuve que volver atrás.

Pero mira, oye muger,  
¿qué hay encima del vasar  
tapado con servilletas,  
que me dá que sospechar?

Te diré, hombre, bien sabes  
que el tio Borrego, el vecino,  
ya hace un año que nos debe  
hechuras de un vestido.

Fuí á su casa y le obligué  
que me habia de pagar,  
y no me habia de salir  
hasta no quedar en paz.

Dijo no tenia dinero,  
y si queria cobrar  
fuese en jamon y gallinas,  
vino, longaniza y pan.

Todo lo tengo compuesto,  
con ánimo, al ser de dia,  
ir á busearte con todo,  
y comerlo en compañía.

Pues, muger, has hecho bien,  
yo celebro tu eficacia,  
que á los malos pagadores,  
se cobra aunque sea en paja.

Ya esta noche no me voy,  
traelo encima de este arcon,  
y cenaremos alegres,  
buen trabajo nos costò.

Se brindan el uno al otro  
con afecto y tierno amor;  
y el lechuguino no osaba  
resollar en el arcon.

Comieron cuanto quisieron,  
retirando lo demás;  
y dice el sastre á su esposa,  
yo no me voy á acostar:

Pues Toribio el mesonero  
quiere le venda el arcon  
para tener la cebada,  
que es bueno para el meson.

Arroba y media de pez  
en este desvan tenemos,  
con ella las aberturas  
de las tablas taparemos.

En fin, ponen la caldera,  
y á las llaves la colgaron,  
echan gran porcion de pez,  
y así al fuego la aplicaron.

Cómo estaria el lechuguino  
cuando tal sentencia oyò;  
y mas oyendo la pez  
que hacia ya gor-gor-gor.

Viéndola en disposicion,  
de la lumbre le quitaron,  
y con intrépido aliento  
junto al arcon la arrimaron.



Aquí son las aflicciones  
de este infeliz lechuguino,  
pues se considera estar  
en el infierno metido.

Con un cazo echan la pez  
por los claros de las tablas,  
y à sus carnes le caía,  
de modo que se abrasaba.

El se vuelca y se revuelca,  
y con la pez derretida  
se le van pegando al cuerpo  
los remiendos y las tiras.

De modo que en breve tiempo,  
aunque desnudo se entrò  
un vestido de colores  
à poca costa estrenò.

Pero por una cazada  
que en la cara le cayò,  
diò un disformidable grito,  
que en la vecindad se oyò.

El sastre, como irritado,  
cogió un grande garroton,  
y le dice à su muger,  
perra, qué hay en el arcon?

Trae la llave al punto, infame,  
yo veré tu lealtad;  
esta noche has de morir,  
solo Dios te ha amparar.

Abre el arcon, ve aquel mónstruo,  
le dice: hola, caballero,  
à usted quien le ha traído aquí?  
échese fuera corriendo.

Con agonía de muerte,  
que le perdone suplica,  
y no le dè mas tormento  
por las ànimas benditas.

Con una sogà en el patio,  
en un poste lo ha amarrado,  
porque conociò que el pobre  
estaria acalorado.

Allí le tuvo dos horas,  
lo hubiera tenido tres,

pero viò que como el bronce  
se habia puesto la pez.

Entonces lo desató  
y lo envió en hora mala,  
dándole por despedida  
seis palos con buena gana.

El podenco lechuguino,  
viéndose de aquella suerte,  
fue à refugiarse à su casa  
antes que viniera gente.

Llama aprisa à su criada,  
y esta no le quiere abrir,  
le envia enhoramala,  
y que se marche de allí.

Los mozos que iban de ronda,  
al ver mónstruo tan extraño,  
con voces desentonadas  
decian: ¡Jesus! el diablo.

Todo el pueblo se alborota,  
y à voces dicen, corramos  
à llamar al señor cura  
que venga à conjurarle.

Con lamentos à su ama  
el lechuguino gritaba,  
para que un cirujano  
sin dilacion le buscara.

Vino al punto, y ve aquel mónstruo;  
y manda inmediatamente  
calienten en la caldera  
como una arroba de aceite.

El ama medio asustada  
lo puso en ejecucion,  
y el fisico con un trapo  
va haciendo la operacion.

Como San Bartolomé  
quedò el infeliz lechugo,  
hecho una carnicería,  
pero sin logro ninguno.

Esto es lo que ha pasado  
en punto de la verdad,  
y así, mocitos golosos,  
no le querais imitar.

**FIN.**

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24.*